

La romería de San Juan del Monte es para los mirandeses algo más que una tradición y tiene una destacada importancia en la vida de la ciudad. Por ello queremos contribuir con este pequeño estudio al conocimiento de los avatares por los que pasó a lo largo de la Historia, con una intervención muy clara: ordenar el contenido de aquellos trabajos que hasta hoy se han publicado y que contienen alguna aportación sustancial al tema. Hemos querido también racionalizar estos conocimientos, así como desentrañar el hilo conductor de la vieja romería a través de los siglos.

Como se puede apreciar en el mismo título, nuestro trabajo finaliza en el año 1.976. La razón es obvia y bien sencilla. Desde el primer momento hemos pretendido un perfil histórico, por lo tanto carecemos todavía de la suficiente perspectiva para poder realizar un análisis y valoración objetiva de los últimos quince años. Diríamos, de otra forma, que estos años aún no han entrado en la Historia, todavía los estamos viviendo plenamente.

Hasta ahora los datos que han visto la luz desde finales del siglo pasado hasta nuestros días, se encuentran agrupados sin ningún método o muy dispersos y su carácter e importancia es muy dispar. Así existe una dilatada producción literaria en folletos, revistas y diarios que simplemente repiten y recogen, con más o menos fantasía, elementos aportados con anterioridad por otros autores, lo que no ha contribuido sino a complicar el panorama de lo escrito sobre San Juan. Otros trabajos, aunque con un marcado carácter erudito, si han colaborado eficazmente al conocimiento de la fiesta con algunos datos puntuales. Finalmente, algunos estudios de investigación ofrecen significativas aportaciones que han supuesto un claro avance en los conocimientos sobre San Juan del Monte.

Es evidente por tanto que las siguientes páginas no constituyen un análisis con nuevas aportaciones documentales, pues las bases ya están puestas, sino que simplemente intentan reflexionar y valorar lo ya publicado, componiendo un cuerpo mínimamente racional y ordenado con una metodología clara. Quisiéramos, esperamos lograrlo, brindar a los mirandeses y a todos aquellos interesados en las tradiciones de nuestra tierra, unas líneas de fácil consulta y comprensión, que sean manejables a todos, desde el escolar al adulto, y a través de las cuales podamos hacernos una idea real de la romería de San Juan del Monte en una rápida visión.

Para lograr estos objetivos nos hemos decantado por la utilización de una bibliografía seleccionada, que incluimos al final de estas páginas, la que a nuestro entender nos ha parecido básica y con aportaciones de relieve. Esta bibliografía, de forma resumida, se puede dividir en tres grupos: escrito que recogen de primera mano la tradición oral de finales del siglo XIX y principios del XX, semanarios de época con descripciones de la romería de esas mismas fechas, e investigaciones más recientes basadas en documentación histórica anterior al siglo XIX.

Los escritos que recogen la tradición oral, en realidad recuerdos personales de juventud de algunos socios fundadores de la Cofradía de San Juan del Monte, relatan lo que sus mayores les contaban sobre la fiesta en épocas pasadas; sin duda las aportaciones más validas en este sentido son las de don Tomás Echeguren Zabala, don Jesús Zarate Peña y don Ignacio Gómez y Gómez. Entre los semanarios, que han sido muchos y muy distantes cronológicamente, habría que destacar el caso del periódico "La Verdad" de 1891/2 y entre las revistas, la titulada "Vida Mirandesa" de los años treinta del siglo XX. En ambas aparece la lúcida pluma de don Raimundo Porres, ya sea con su propio nombre o con el seudónimo de Serafín de la Casa. Por último, los estudios históricos más recientes corresponden entre otros a nuestros propios trabajos, basados principalmente en los siguientes tipos de documentación repartida en archivos provinciales, municipales y parroquiales: libros de cuentas concejiles, libros de actas de las villas, pleitos civiles y eclesiásticos, libros de fábrica de las parroquias y otros más que no enumeramos.

Después de barajas múltiples posibilidades, hemos estructurado estas páginas en tres apartados. El primero, núcleo central del trabajo, lo dedicamos al análisis de las diferentes etapas históricas por las que ha pasado nuestra fiesta, en segundo lugar tratamos sobre las variaciones que sufrido el trayecto de la romería y, finalmente, el tercer capítulo se centra en las ermitas y grutas de San Juan.



Romeros en La Laguna a comienzos de los años treinta



Programa del año 1924. En el dibujo se aprecia el muro de contención de la gruta

I. UNA TRADICIÓN A TRAVÉS DE LOS SIGLOS. ETAPAS DE LA ROMERÍA

Nuestra actual romería de San Juan del Monte, que tiene lugar el primer lunes de Pascua de Pentecostés, en la que subimos a la ermita del Santo, disfrutamos de un día de fiesta en La Laguna y alrededores, bajamos en cuadrillas al son de la música y en definitiva, tal como dice la popular canción, “contentos subimos, alegres bajamos”, ha existido desde tiempo “inmemorial” y, aunque lógicamente no en todas las épocas ha sido tal y como ahora la conocemos, siempre se ha sentido profundamente en lo más hondo de los mirandeses.

Es evidente que una tradición de casi mil años de antigüedad constatada, ha sufrido progresivos y a veces profundos cambios en muchas de sus facetas: el camino de la romería ha tenido varias alteraciones, el núcleo central de la fiesta no siempre se llevó a cabo en el mismo lugar, la ermita no estuvo colocada en el mismo sitio que ahora, el carácter de los festejos ha ido variando con el paso de los años e incluso también la fecha de la conmemoración ha sufrido algún cambio. En resumen se ha ido amoldando a la mentalidad y a las condiciones socioeconómicas de cada época y esa ha sido su verdadera virtud pues de no haber sido así es más probable que hubiera desaparecido tal como ha ocurrido con otras muchas fiestas y conmemoraciones mirandesas.

No obstante, y por encima de los avatares, siempre existió un hilo conductor, el recuerdo “inmemorial”, tal y como textualmente dicen los documentos, de una advocación que caló profundamente en las gentes de esta tierra: SAN JUAN DEL MONTE.

Sería conveniente precisar que San Juan del Monte, pese a ser una fiesta eminentemente mirandesa en la que fácilmente se integran gentes de otros lugares, no es un patrimonio exclusivo de nuestra ciudad. También desde siglos atrás la mayor parte de los pueblos que dependían administrativamente de Miranda, hoy algunos de ellos englobados en otras provincias, participaban de la festividad de San Juan del Monte, subiendo en romería hacia la “vieja ermita” cada uno en diferentes fechas y con distintos trayectos, éste es el caso de Villalba de Rioja, Cellorigo, Ircio, Galbárruli, o Castilseco entre otros. En definitiva, la festividad y la veneración hacia San Juan del Monte trascienden de lo puramente local hasta convertirse en un elemento común a una amplia comarca del alto valle del Ebro.

Las etapas por las que a nuestro entender pasó la romería sanjuanera, y que desarrollaremos más adelante, son las siguientes:

- 1.- Siglos XIX y XV. Las primeras referencias documentales.
- 2.- 1500-1646. La romería como expresión de las emociones populares

- 3.- 1647-1794. La decadencia de la romería
- 4.- 1795-1850. Los tiempos oscuros.
- 5.- 1851-1893. El resurgir de una tradición
- 6.- 1894-1915. La romería en peligro de desaparición.
- 7.- 1916/18-1939. El nacimiento de la Cofradía y el impulso de la fiesta.
- 8.- 1940-1964. La consolidación de una fiesta popular.
- 9.- 1965-1976. La explosión de la fiesta y el auge de las cuadrillas.

1.- Siglos XIV y XV. Las primeras referencias documentales.

Como es de sobra conocido, la documentación escrita, base fundamental de los estudios de carácter histórico, no es abundante en los siglos medievales y en concreto, en lo que a nosotros nos interesa, para los siglos XIV y XV. Aun así contamos de momento con dos valiosos testimonios que nos aportan los primeros datos sobre la devoción a San Juan del Monte. La “sentencia del Chantre” del año 1247 y el pleito mantenido entre la villa de Sajazarra y la de Miranda de Ebro en el mes de mayo de 1486, por problemas de jurisdicción sobre la ermita y las zonas aledañas de bosque.

De esta farragosa documentación judicial se puede entresacar como dato más importante, que a mediados del siglo XIV ya existía una ermita en los alrededores de la actual Laguna con el nombre de “San Juan del Monte”. Se trataba de una ermita muy querida por las gentes de los pueblos cercanos “desde tiempo inmemorial”, lo que nos permite pensar que su existencia es algunos siglos anterior. Es difícil precisar cuál pudo ser el origen de este enclave religioso, aunque es probable, dadas las características de la zona, que esté muy en relación con la existencia de eremitorio rupestres por todas estas montañas, como los de San Mamés de Obarenes o Laño en el Condado de Treviño. Por lo tanto, es más que posible que uno o varios ermitaños erigieran en los estertores del primer milenio de nuestra era un primer enclave religioso que pronto fue conocido por las gentes de la comarca como San Juan del Monte. Parecidos orígenes se suponen para el nacimiento de las vecinas ermitas de San Felices de Bilibio y San Formerio en Treviño.

También se puede constatar, además de la existencia de una ermita, que Miranda y otros pueblos celebraban una “procesión” y “romería”, los mirandeses el seis de mayo y otros pueblos en fechas próximas; se trataba de un acto popular y solemne, totalmente religioso y muy ordenado en el que se subía a la ermita pero sin las actuales connotaciones festivas. Esta romería se celebraba también desde tiempo “inmemorial” y sus inicios, perdidos en los siglos, están muy relacionados con las rogativas para que la



Sanjuaneros en La Laguna en los años treinta.

cosecha fuese favorable ya que se celebraba en el crucial mes agrícola de mayo, clave para la futura recolección; además podemos suponer sobre todo por el voto perpetuo que dicen tener los mirandeses en fechas posteriores, una directa relación con la protección frente a las enfermedades y especialmente la peste, de tan enorme peligro y regular aparición en la Edad Media.

La ermita de San Juan del Monte pertenecía en el siglo XIV al monasterio de Santa María la Real de Herrera, mientras que un siglo después el concejo de Miranda la consideraba como parte integrante de sus dominios jurisdiccionales. Esta situación supuso, con toda seguridad a partir de 1486, el inicio de una serie interminable de pleitos entre la villa de Miranda y algunas actuales localidades riojanas. En todos ellos subyace como telón de fondo el enorme recelo de los mirandeses a que otros pueblos como Sajazarra se sigan acercando a los montes y ermita de San Juan, “como siempre lo habían hecho”; pues lo que se ponía en juego, además de la patrimonialidad de la devoción, era un elemento de vital importancia para la economía medieval: la utilización de la madera y pastos de unos ricos montes.

2.- 1500-1646. La romería como expresión de las emociones populares.

Esta segunda etapa que vamos a abordar cuenta ya con una muy rica y amplia documentación, entre la que sobresalen de nuevo los pleitos civiles y religiosos, la contabilidad municipal y hasta los libros sacramentales de las parroquias, lo que da lugar a que la romería se nos vaya dibujando con rasgos más diáfanos. Como en el período anterior, la romería se sigue celebrando, cada vez con mayor auge, el día seis de mayo y tal como indican los escritos de la época sigue teniendo un carácter de rogativa, procesión y letanía.

Era la más importante de las que se celebraban, pero como es lógico no era la única. En los primeros días del mes de mayo, se encadenaban toda una serie de romerías que así mismo tenían como justificación las rogativas por la salud del vecindario y por la buena marcha de los campos. El mes se abría con la conmemoración del “Cruz de Mayo” el día tres, en la que los vecinos de Miranda, después de subir a la ermita de San Marín, colocaban pequeñas cruces de madera y ramos benditos en los campos del término municipal. Después llegaba el núcleo fundamental de las procesiones de las letanías: el lunes antes de la Ascensión el vecindario se trasladaba a la ermita de Santa María de Cabriana, el martes hasta la de “San Cristóbal” de Gorejo y por último, el miércoles hasta la ermita de Santa Cristina. También durante el siglo XVI, época en la que las epidemias y pestes tuvieron una especial virulencia, el día de San Roque (santo que todavía carecía de ermita) se volvía a subir en procesión hasta el enclave de San Juan del Monte.

La romería a San Juan estaba muy organizada. Los mirandeses subían en ordenadas hileras detrás de los sacerdotes, rezando las antífonas, laudes y la oración al santo día. Del cuidado de esta procesión se encargaban las “cuadrillas” mirandesas y no el concejo, en gran similitud con la actualidad.

No obstante, las autoridades municipales, alcaldes y regidores (actuales concejales), tenían hecho voto perpetuo de celebrar el día de San Juan del Monte, en el que tenía autorización real para gastarse en una buena comida diez mil maravedís anuales “y no más”, advertencia establecida por la autoridad real desde comienzos del siglo XVI, pues al parecer esta costumbre había dado lugar a un excesivo y escandaloso gasto en las cuentas del municipio.

Las cuadrillas, que poco tienen que ver con las actuales cuadrillas sanjuaneras, suponían la existencia de una organización administrativa y judicial diferente y a veces paralela a la del propio concejo municipal. La villa de Miranda de Ebro se dividía administrativamente en cuatro cuadrillas, cuyas denominaciones venían de las advocaciones de las parroquias y de un enclave importante de la vida mercantil de la población: cuadrilla de San Juan, cuadrilla de Santa María, cuadrilla de San Nicolás y cuadrilla del Mercado Viejo. Herederas de los viejos concejos abiertos y con ordenanzas y reglamentación propia, reunían a todos los vecinos una vez al año en las campos del convento de San Francisco. Ese día cada una elegía a dos jueces, autoridades máximas durante un año que se encargaban de confeccionar las listas de mozos en edad militar, juzgar los pleitos relacionados con los problemas agropecuarios, cuidar del estado y conservación de los campos enviando guardas, disponer el arreglo de las sendas y caminos rurales y además organizar las rogativas y romerías.

Durante la primera mitad del siglo XVII todas las romerías, pero especialmente la de San Juan del Monte, van a empezar a ser atacadas y mal vistas tanto por las autoridades civiles como por las eclesiásticas. No es de extrañar, pues la organización cuadrillera chocaba frontalmente contra los intereses unificadores en materia de autoridad de la monarquía, y contra los de unas pocas familias hidalgas mirandesas que en la práctica monopolizaban los puestos de decisión del Ayuntamiento. Buena parte de las funciones de las cuadrillas las querían asumir el concejo y su “aliado” el corregidor real, lo que dio lugar a un enfrentamiento directo entre prácticamente todo el pueblo, amparado en las cuadrillas, y la nobleza local apoyada por la corona. Los enfrentamientos desembocaron en un malestar general, que terminó cristalizando en algaradas y motines, muchos de los cuales tuvieron su reflejo el día de la romería, fecha muy apropiada por la concentración de todos los vecinos. Los ejemplos no faltan, así en 1620, el día de San Juan del Monte, se trató de acabar con la vida del corregidor don Esteban de Carvajal.



Carrozas el día de San Juan del Monte (arriba años treinta, abajo años cincuenta)

RAMÓN OJEDA SAN MIGUEL _ JOSE JAVIER VELEZ CHAURRI

Es lógico por tanto que corregidor y autoridades municipales vean con malos ojos la concentración de gentes en distintas épocas del año y principalmente en San Juan, momentos propicios para que salga a flote la cólera popular.

La Iglesia también mostraba algunos recelos por el cariz profano que iba tomando la procesión sanjuanera en detrimento de lo religioso. No debemos olvidar que las disposiciones del Concilio de Trento y, principalmente Constituciones Sinodales de los Obispados, inauguran en esta época un cambio de actitud en la Iglesia que incide principalmente en temas de decoro y moralidad. Todo el país, y no sólo la romería de San Juan del Monte, va a empezar a sufrir los efectos de esta cada vez más rígida moral, que en nuestra "romería" se había ido relajando hasta el extremo de que la conmemoración religiosa en sí y la visita a la ermita no eran lo principal, sino la disculpa para que una vez al año, sin la vigilancia de las autoridades cotidianas, se llevaran a práctica todo tipo de actividades lúdicas, bebidas en exceso y otras "incidencias".

Otro de los problemas, que desde la etapa anterior venías arrastrando la subida a la ermita, lo constituían los litigios jurisdiccionales con otras villas y localidades de la comarca, que lejos de haberse resuelto, afloran con más fuerza. Así como las aldeas y pueblos bajo el dominio del concejo mirandés reconocen la autoridad de éste sobre los montes de San Juan, y por ende realizan sus propias romerías sin ningún tipo de problemas, los enfrentamientos surgen con otras villas especialmente con Sajazarra, que no teniendo dependencia de Miranda, quieren hacer velar su derecho de llevar a cabo la romería, aunque en el trasfondo del problema lo que siguen intentando es aprovecharse de los montes y pastos. Son ilustrativos en este sentido, los farragosos y largos pleitos que en el mes de mayo de los años 1529 y 1545 enfrentan a los vecinos de Miranda y Sajazarra en los máximos tribunales de justicia, como la Chancillería de Valladolid.

Todos estos problemas, y especialmente los enfrentamientos con las autoridades civiles y religiosas, acaban desembocando en la fatídica fecha de 1646, momento en el que las romerías van a sufrir profundas modificaciones, principalmente la de San Juan del Monte.

3.- 1647-1794. La decadencia de la romería.

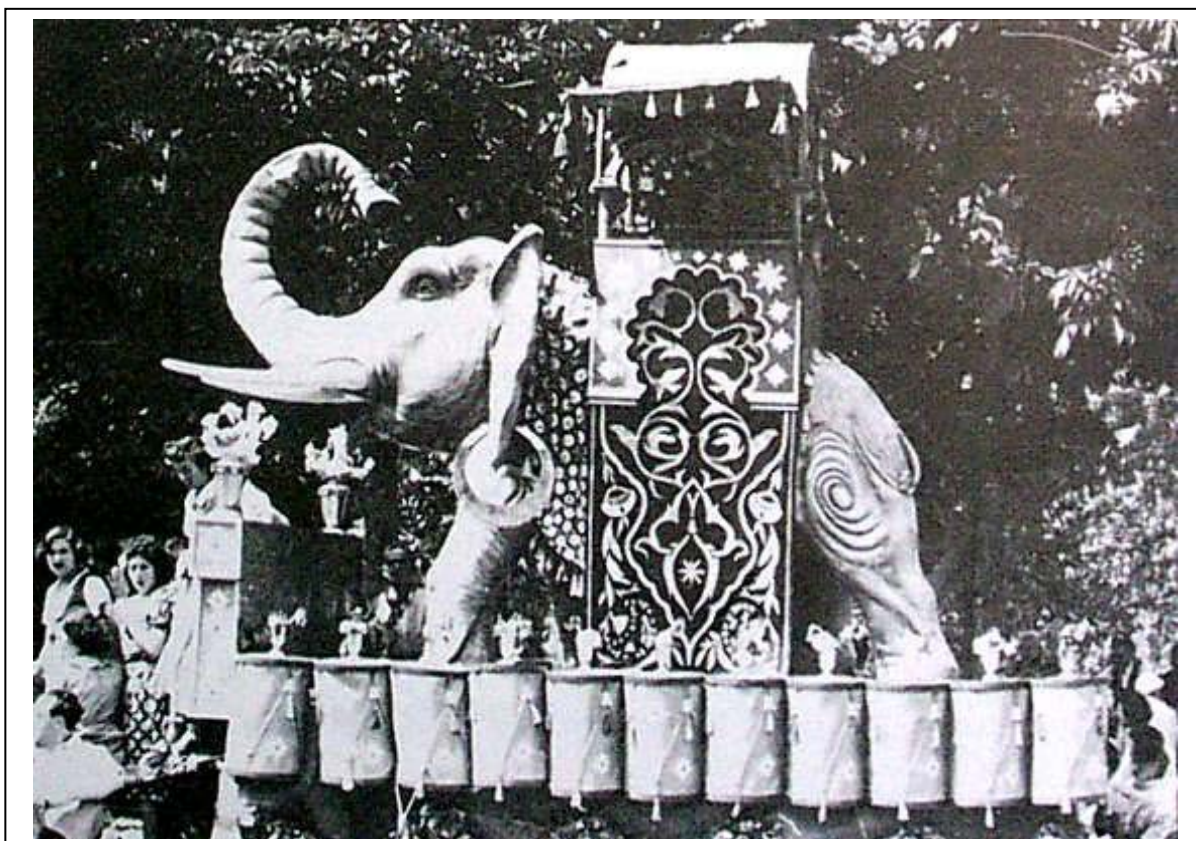
Los edictos episcopales son ahora las fuentes fundamentales que, junto a las ya señaladas, nos permiten acercarnos al desarrollo de la romería de San Juan del Monte durante los años comprendidos entre 1.647 y 1.794.

Esta etapa se inaugura con la disposición que el obispo de Calahorra-La Calzada, don Juan Piñero y Osorio (1.642-1.648), firmó en Santo Domingo de la Calzada el día 2 de mayo de 1.646. En ella, y a petición de los clérigos y regidores mirandeses, señalaba que la romería de San Juan se hacía en forma poco ordenada, que el fervor religioso había decaído enormemente, y se comía y bebía en exceso y además se aprovechaba para practicar todo tipo de “indecencias”. De todo esto el obispo calagurritano, siguiendo a las autoridades de la villa, culpaba a la gran distancia en que se encontraba la ermita por lo que era difícil mantener ordenadamente y en procesión a una multitud tan grande en un trayecto de varios kilómetros.

Fundamentalmente es estas acusaciones, don Juan Piñero introdujo cambios sustanciales en la celebración de la romería, que pueden resumirse en una rígida reglamentación para los asistentes a la misma y en una sustancial variación en el recorrido y trayectoria romera. Respecto a la primera cuestión el Obispo dictaminaba que a partir de ese mes de mayo la romería debía organizarse de otra forma: las gentes debían ir ordenadamente en filas y de dos en dos, los varones a un lado del camino y las mujeres al otro con la correspondiente separación, sin hablar entre ellos y continuamente rezando. Tal como hemos indicado, el recorrido sufrió una variación pues fue recortado prácticamente a más de la mitad; los romeros en vez de ir hasta la ermita de San Juan del Monte, se detenían ahora en la parroquia de Santa Marina en Bardauri, y allí se celebraban los principales actos religiosos. Los romeros con la vista puesta en “San Juan” y arrodillados, escuchaban “La Antífona del canto Benedictus” que estaba en los “laudes” del día y la oración del Santo. Un vez concluidos los actos, y sin detenerse ni a comer ni a beber, volvían con el mismo orden hasta la parroquia de San Juan en el barrio mirandés de Aquende donde finalizaba la fiesta con la misa de “San Juan ante portam latinam”.

Las cuadrillas reaccionaron frente a estos hechos y recordaron al Obispo los males que los cambios podían acarrear a la villa de Miranda. Según ellos, se debía guardar la costumbre, pues la devoción a “San Juan del Monte” había propiciado hasta entonces grandes bienes espirituales y temporales y querían seguir esperando de su intercesión “la conservación de los frutos y de la salud”. Ante las peticiones de los jueces de cuadrillas, el obispo Piñero quiso calmar sus inquietudes y temores permitiendo que el mismo día de San Juan del Monte, mientras los romeros oraban en Santa Marina de Bardauri, un sacerdote acompañado por cuatro representantes de las cuadrillas, celebraba en la propia ermita de San Juan una misa por los fieles de la villa y la conservación de sus campos.

A pesar de esta concesión, el Obispo, temiendo que los “males de San Juan” se pudieran trasladar a las otras romerías de mayo, las aplicó la misma reglamentación que a la de San Juan del Monte, con la excepción de las de



Carroza en los primeros años de la década de los cuarenta

RAMÓN OJEDA SAN MIGUEL _ JOSE JAVIER VELEZ CHAURRI

Santa Cristina y San Martín que por su cercanía no daban lugar a este tipo de problemas. De esta forma la procesión a Nuestra Señora de Cabriana se recortó hasta la cercana ermita de Santa Lucía y la de San Cristóbal de Gorejo hasta la de San Antón en La Nave. Todos estos cambios no fueron bien recibidos por el vecindario y mucho menos por la organización cuadrillera que aún se debatía en el problema de su supervivencia frente a la autoridad municipal y central. Reflejo de lo cual es la algarada que estalló el 23 de mayo de 1.688 con ocasión de la procesión a Santa María de Cabriaza.

Se entra así en un largo período de más de un siglo entre 1.688 y 1.794 en el que la romería oficial a San Juan del Monte sufre una decadencia lenta, pero progresiva. Las autoridades civiles y eclesiásticas van a hacer lo indecible por borrar de la memoria popular la vieja veneración. Un fiel reflejo de estos intentos lo tenemos en que el nombre de la ermita apenas aparece en la documentación mirandesa. Parece haber un acuerdo tácito de seguir celebrando las romerías de mayo, pero con la intención de que tras unas generaciones no se recuerde que de Santa Marina de Bardauri era en realidad la de San Juan del Monte. Una prueba más la tenemos en que el concejo de la villa seguía gastándose anualmente una considerable cantidad de dinero en una comida festiva, cuidando el mayordomo de no nombrar a “San Juan del Monte” y sí señalar “las letanías de mayo” como motivo.

A pesar de esta “hostilidad” hacia San Juan del Monte, a lo largo de este período la ermita seguía en pie y además continuaba teniendo carácter de “santuario” para toda la comarca. Los vecinos de las viejas aldeas de Miranda seguían subiendo de forma oficial en sus propias romerías, manteniendo así ancestral costumbre y advocación; a estos pueblos, por tener escaso vecindario y no alterar el orden en las procesiones, no les habían afectado las disposiciones del Obispo.

Pese a todos los impedimentos y prohibiciones oficiales, también algunos mirandeses, no sabemos en qué proporción, siguieron subiendo ocultamente a la ermita del “Santo” el día de la fiesta. Es evidente que las disposiciones de las autoridades, no habían logrado hacer desaparecer de la memoria popular esta vieja y sentida tradición.

El problema, a los ojos de la iglesia, siguió siendo lo suficientemente grave como para que de nuevo vuelva a plantear a finales del siglo XVIII una batalla frontal contra la romería de San Juan del Monte. Dos momentos claves marcan la pauta en este proceso, primero el intento de suprimirla también en los pueblos de los alrededores para que de esta forma se vaya perdiendo definitivamente su recuerdo, no sólo en Miranda sino también en las aldeas. En este sentido es muy significativo el caso de los vecinos de Orón: siempre habían

subido en romería hasta la ermita de San Juan el 12 de mayo, pero en 1.789 recibieron la orden de desviar su procesión hasta la ermita de San Antonio de Valverde, con el argumento de que la ermita sanjuanera estaba en ruinas y no se podía subir hasta que se arreglase, hecho que nunca ocurrió.

El segundo momento tiene lugar el 12 de marzo de 1.794, con la circular enviada a los párrocos por el arzobispo de Burgos don Juan Antonio de los Tucros. En este escrito nos encontramos con el envite final contra la romería, pues la Iglesia no sólo sigue prohibiéndola, sino que ahora está dispuesta incluso a atajar el problema de una forma definitiva, para lo cual no duda en desmontar la ermita y trasladar sus imágenes a las parroquias de la villa. A los ojos del Arzobispo, de nuevo en esta época las letanías, rogativas y procesiones a las diversas ermitas de toda la región, se había convertido en general en meras fiestas profanas, donde lo menos importante era el elemento religioso, de ahí las significativas frases de la circular episcopal: “hay letanía y rogativas con procesiones a larga distancia que apura el tiempo para regresar los fieles a comer en sus casas. Con este motivo empezando por poco, como suele, se ha llegado el padre de la maldad a los mayores desórdenes en comidas, bebidas, danzas y consiguientes escándalos..., hay novenas y romerías en ermitas y santuarios, fuera de los pueblos, donde el libertinaje se desenfrena a las sombras de la noche”. Asimismo recordaba duramente a los párrocos que no debían contribuir a tal estado de cosas, y además ordenaba que en todos los pueblos del Arzobispado las romerías sólo se celebrasen en las inmediaciones de las respectivas parroquias, y en el caso de existir una imagen especialmente venerada, ésta se trajera el día de su festividad hasta la villa para allí celebrar los actos.

Don Juan Antonio de los Tucros bastante concienciado en el tema de las romerías, volvía a indicar que “hay romerías que por la corrupción de los siglos viene a ser poco menos que ramerías...”, y en este sentido pone como ejemplo más negativo a la de San Juan del Monte, a la que amenazaba arduamente: “Me temo que no sea único el ejemplar de Miranda de Ebro. Donde a distancia de una legua en despoblado, a pretexto de devoción a San Juan del Monte, (menospreciando los consejos saludables de los curas y otros eclesiásticos celosos), se juntan cuadrillas de ambos sexos con mil escándalos y peligros en el día en la noche de San Juan Evangelista. Desde luego voy a tomar las providencias más serias para abolir la memoria de tal abuso en aquel monte trasladando la efigie al lugar más oportuno sin dejar reliquia ni señal alguna de cosa sagrada que allí se sabe, por la más fatal experiencia estar expuestas para la profanación...”.

Con este último y directo ataque a la romería sanjuanera, la ermita prácticamente fue desmantelada en los últimos años del siglo XVIII, por lo que aquellos intentos de 1.646, de recortar y depurar la procesión, y posteriormente

de hacerla olvidar en la mente de la gente, ahora parecían a punto de conseguirse.

4.- 1795-1850. Los tiempos oscuros

Nos enfrentamos a un periodo muy oscuro por la falta total, hasta ahora, de todo tipo de documentación referente a San Juan del Monte, tanto oficial como particular. Esta situación no tiene nada de especial si dirigimos nuestra atención a los acontecimientos por los que pasa España en estos años. La consolidación de la revolución liberal-burguesa, y por tanto un cambio social, político y económico en todos los órdenes de la vida, condujeron a una mayores cotas de secularización de la vida oficial en comparación con épocas anteriores. Los conflictos bélicos por los que atraviesa el período como la guerra de la Independencia y la primera guerra Carlista, y el proceso gradual de desamortizaciones civiles y eclesiásticas, desembocan (en lo que a nosotros nos interesa) en la desaparición de la mayor parte de las ermitas mirandesas y la pérdida de la oficialidad de muchos de los actos religiosos.

Ermitas como las de Santa Cristina y San Martín desaparecen de la escena mirandesa, unas veces víctimas de la desamortización que las deja sin recursos y otras veces directamente desmanteladas para aprovechar sus piedras en la construcción de fortificaciones. Con ello, buena parte de las romerías entran en un proceso de gran decadencia que en algunos casos lleva a la desaparición completa. Sin embargo por la tradición oral posterior sabemos que algunas de ellas y especialmente la de San Juan del Monte, seguían vivas entre el vecindario de la Villa y el de los pueblos limítrofes, aunque con menos esplendor. Suponemos que éste es el momento en que los habitantes de la comarca, y una vez destruida la primitiva ermita, trasladan su devoción y posiblemente algunas de las viejas imágenes a una “gruta o eremitorio” rupestre cercano, que con seguridad coincidiría con la actual ermita de San Juan del Monte.

5.- 1851-1893. El resurgir de una tradición

Sobre estos casi cincuenta años se ha escrito mucho, en ocasiones con una “amplia y sana” imaginación, apoyado en los recuerdos de los viejos romeros de principios de nuestro siglo, que a su vez relataban los aconteceres e historias sobre San Juan del Monte que sus padres y abuelos les habían transmitido. Estas tradiciones orales se han reflejado con mayor precisión en los escritos salidos de la pluma de don Ignacio Gómez, don Tomás Echeguren Zabala y don Jesús Zarate Peña, quienes repetidas veces suelen utilizar como



Diferentes aspectos de la romería sanjuanera (1927 – Años 50 – Años 30)

RAMÓN OJEDA SAN MIGUEL _ JOSE JAVIER VELEZ CHAURRI

soporte a sus palabras las de don Gregorio Ruiz de Loízaga, apodado “el estudiante de Bardauri”.

Este último había subido habitualmente a la ermita desde los años sesenta del siglo XIX, y además recordaba con claridad y cariño los hechos que sus padres y abuelos le contaban sobre San Juan del Monte.

De alguna manera y pese a los repetidos intentos de borrar su memoria, la tradicional romería sanjuanera se había mantenido, volviendo a recobrar cierto esplendor, que la aseguraba una larga existencia. El día de la romería había cambiado de fecha, pasando como en la actualidad a celebrarse el lunes de Pascua de Pentecostés y asimismo había cambiado su carácter, aunque el componente religioso seguía siendo esencial. Ya no era una procesión organizada de forma oficial en la que se iba ordenadamente, por fin su latente carácter espontáneo y festivo había triunfado.

Desde primeras horas de la mañana, bastantes romeros se concentraban en las inmediaciones del viejo camino de Fuentecaliente, acompañados de una “acreditada” banda de música y de un gaitero y un tamborilero de Ircio. Y desde allí, unos a pie y otros en carros, ganados y carruajes engalanados con verde ramaje de las cercanas y abundantes choperas, subían a pasar un día de campo hasta el paraje de La Laguna. Una vez en el lugar, algunos, con mucha dificultad, subían por el estrecho sendero hasta la gruta del “Santo”, donde solían coincidir con otros romeros que por diferentes caminos habían subido desde pueblos de los alrededores, continuando así la tradición secular e ininterrumpida de sus antepasados. San Juan del Monte seguía siendo considerado, especialmente por todos estos habitantes de zonas rurales, como un abogado contra numerosas calamidades, entre las que destacaban las enfermedades de la vista. Por la tarde “bajaban” hasta el casco urbano de la villa en alegre desfile.

Hacia los años noventa del siglo XIX la romería entra de nuevo en un período de decadencia, aunque las razones no están todavía muy claras. Ya sea por una serie de reyertas ocurridas en la propia romería, tal como parecen dejar entrever los recuerdos del “estudiante de Bardauri”, o más probablemente a causa del motín general ocurrido en la villa de Miranda de Ebro en 1893, que acabó desembocando en la declaración de “estado de guerra” en el vecindario, lo cierto es que desde la Autoridad se pretendió evitar concentraciones masivas de la población tal como ocurría el día de San Juan. A partir de este momento son muy pocos, como veremos, los mirandeses que seguirán celebrando la romería.

6.- 1894-1916/18. La romería en peligro de desaparición.

La misma tradición oral que nos ha permitido seguir la trayectoria de la romería en la anterior etapa, nos sirve también para analizar este período a caballo entre dos siglos.

Son años en que la fiesta ha perdido su carácter multitudinario y solamente es conservada en Miranda por un grupo de amigos, “una cuadrilla”, que no pasaba de las veinte personas. Estos el día de la fiesta de San Juan, manteniendo encendido el viejo recuerdo, se reunían a primeras horas de la mañana en el barrio de Aquende, y desde allí subían andando, acompañados de algunas caballerías para llevar las viandas, hasta la “gruta del santo”, no sin dificultades por lo angosto y el mal estado de la senda.

Una vez en la ermita, se juntaban con otros romeros de Bardauri, Los Corrales, Ircio y Villalba, estos últimos llegados a caballo, y rezaban el rosario guiados por el conocido “estudiante de Bardauri”. La ermita se adornaba con las imágenes y ornamentos que durante todo el año habían estado guardados por la familia propietaria del establecimiento “Las Manuelas”.

Acabadas las oraciones al “Santo”, los asistentes degustaban el guisado, las populares chuletas asadas y regadas con el famoso y hoy perdido vino chacolí, oían la música de los gaiteros de Ircio y se regocijaban escuchando viejas historia de las épocas felices de la romería, contadas por los más veteranos. Alrededor de las tres ascendían hasta el conocido paraje del “Corral Catorce” y aprovechando una era contigua, pasaban la tarde bailando y cantando junto a otro nutrido grupo de mirandeses que se habían acercado allí para merendar y disfrutar de la fiesta.

Como vemos, más que de una romería, durante estos años sería acertado hablar de una pequeña excursión campestre organizada por una “cuadrilla” de amigos. Pero este pequeño grupo tendrá la virtud de ser el germen de donde nacerá la “Cofradía de San Juan del Monte”, auténtica revitalizadora de la romería en años posteriores.

7.- 1916/18-1939. El nacimiento de la Cofradía y el impulso de la fiesta.

Aquel grupo de amigos, “la primera cuadrilla”, que año tras año habían seguido reuniéndose a los pies de la gruta el día de la fiesta sanjuanera y con la añoranza que le producían los relatos de los mejores tiempos de la romería



Portadas de algunos de los primeros programas de fiestas (1927 – 1929 – 1934)

contados por los más veteranos sanjuaneros, decidieron revitalizar aquella decaída situación. Estos, que no pasaban de los veintidós romeros, acordaron en la gruta, el mismo día de la fiesta del año 1918, la constitución de una sociedad cívico-religiosa con el nombre de la “Cofradía de San Juan del Monte” no obstante la tradición oral crea cierta confusión en este punto, ya que algunos señalan como fecha el año 1917, e incluso también el de 1916, hasta el punto de que tomando como referencia esta última fecha, en 1966 se celebraron oficialmente las bodas de ora en las que se impusieron sendas medallas a cuatro cofrades fundadores).

El propósito de estos primeros cofrades fue el de revitalizar y popularizar aquella casi perdida celebración, y para ello comenzaron con el reducido capital de noventa y dos pesetas. A modo de homenaje, y a sabiendas que muchos nombres quedan en el tintero, es justo recordar a algunos de aquellos primeros sanjuaneros-cofrades: dos Alberto Erquiaga Barahona, don Jacinto Peña Martínez, don Elidio González Madrigal, don Estanislao Bodegas, don Sixto Erquiaga, don Tomás Echeguren Zabala, don Julio Ortiz de Zárate y don Gregorio Ruiz de Loízaga.

La nueva Cofradía necesitaba un presidente y en 1919, se ofreció el cargo al “estudiante de Bardauri” y después a un vecino de Los Corrales, ambos distinguidos por sus antiguos relatos que influyeron decisivamente en la fundación, pero lo rechazaron en razón de su edad y lejanía. Fue elegido entonces don Eugenio Ramos Anuncibay, en quién recayó también la función de mayordomo, cargo este último que se desdoblará del de presidente en 1925.

A la Cofradía se le presentaba una ardua labor por realizar, centrada fundamentalmente en tres apartados: el acondicionamiento de los parajes naturales en los que se había de desenvolver la fiesta, principalmente en La Laguna y la ermita, la reorganización de los actos y la forma de la propia romería y en tercer lugar la ampliación de la fiesta algún día más, confeccionando un programa de festejos lo suficientemente atractivo como para ir “enganchando” a un cada vez mayor número de convecinos.

Ya en el año 1919 comenzaron las obras de acondicionamiento, tendentes a facilitar la subida y estancia de los romeros en la ermita y La Laguna, proseguidas durante los cinco años siguientes. Se empieza por arreglar y ensanchar el camino que llevaba a la gruta (en más de una ocasión hubo de barrenarse algunas rocas), también se repara la ermita cambiando el altar de sitio, adecentado el suelo y las paredes y principalmente construyendo una explanada de contención para permitir la asistencia a un mayor número de gentes a los oficios religiosos. Posteriormente y sobre todo desde finales de los años veinte, estas obras de acondicionamiento sufrirán un nuevo impulso. Su fin principal era poder albergar con comodidad a un mayor número de romeros en

La Laguna. Para ello la ensanchan, realizan un drenaje (no olvidemos que el nombre de laguna le venía de ser un paraje en el que se concentraban las aguas de los montes próximos), construyen la fuente (ofrecida en año 1925 por la Sociedad de Aguas), plantan árboles (en 1924 se abogaba en el programa de fiestas por su respeto), y comienzan a levantar un templete para los músicos. Con todo ello se empezó a perfilar la actual fisonomía de este antiguo paraje natural. Estos cambios tenían como fin último la atracción de un mayor número de mirandeses el día de la fiesta, algo que se consiguió con enorme celeridad. La Cofradía hubo de dedicar parte de su esfuerzo a la propia organización de la subida a la ermita del "Santo", tratando de recuperar lo sustancial de los actos del siglo XIX, e incorporando a la vez algunos nuevos, acordes con una villa que había multiplicado por lo menos por cinco su población.

En 1918 los entusiastas romeros, creemos que conscientes de lo que podía significar para el futuro la creación de una Cofradía, realizaron una "ruidosa" entrada en la ciudad. Un año después la romería se celebró, aunque todavía con pocos efectivos, incorporando a ella el anunciador disparo de cohetes y bombas y la música de las dulzainas y gaiteros de Ircio.

Desde 1920, fecha a partir de la cual se confecciona un programa oficial de fiestas que nos permite conocer con mas exactitud las características de la romería, podemos afirmar sustancialmente que la fiesta tenía el siguiente desarrollo: después de la madrugadora llamada de las dianas (en 1920 sonaron a las seis de la mañana), los sanjuaneros y cofrades se concentraban en la vieja plaza de Cervantes, desde donde animadamente y de forma ordenada se encaminaban hacia la ermita. Una vez allí oían el oficio de la misa (la primera la celebró en 1919 do Aureliano de Miguel Gutiérrez), almorzaban y comían en las inmediaciones y, a primeras horas de la tarde, después de rezar el tradicional rosario, descendía a La Laguna para realizar la popular "jira" o merienda campestre con amigos, regocijo y bulla, al son de la música de los gaiteros de Ircio.

Hacia las siete de la tarde se iniciaba el regreso a la ciudad, deteniéndose y organizándose en las cercanías de la finca de don Antonio Paredes, para realizar la entrada en el casco urbano de una forma más vistosa; este desfile algunas veces llegó hasta la avenida de don Tiburcio Arbaizar (hoy callo de La Estación), aunque en la mayoría de las ocasiones daba la vuelta en la calle Vitoria. Recuperando una vieja tradición, los romeros eran acompañados, tanto en la subida hasta La Laguna como en el descenso, por los famosos carros engalanados y ganados enjaezados (en una ocasión llegaron hasta los 192), colocados en la comitiva en último lugar tras la música y las gentes. Una variación significativa fue el traslado oficial de la comida campestre desde la ermita hasta La Laguna a partir de 1934, hecho muy relacionado con los momentos de mayores cotas de tolerancia por los que pasa el País durante la

Segunda República, lo que se tradujo en una masiva asistencia de romeros, hasta el punto de no haber cabido ya en los alrededores de la ermita.

Estos eran los actos centrales del día de la romería, que sustancialmente no van a variar durante todo el período. Sin embargo, a lo largo de estos años, se fueron introduciendo paulatinamente pequeñas innovaciones que, después de convertirse en elementos tradicionales, van a servir para enriquecer y dar más esplendor a la fiesta. Se estableció la costumbre de abrir la comitiva con el entandarte y un abanderado a caballo (la bandera fue bendecida en 1921). A partir de 1929 se incorpora a los actos religiosos de la ermita la ofrenda de la vela al "Santo" y, poco a poco, los elementos musicales aumentan en número; así la presencia de la banda de San Vicente de la Sonsierra en 1920 inaugura la habitual llegada de este tipo de agrupaciones, a las que acompañan los tradicionales gaiteros, dulzaineros y desde 1923 los chistularis (los primeros llegados de Irún).

El tercer aspecto al que, como hemos señalado anteriormente, hizo frente la nueva Cofradía fue la ampliación del número de días festivos, que ahora no sólo coincidían con el lunes de la romería sino que como mínimo comenzaban dos días antes, el sábado y el domingo. Así se pudieron introducir festejos hasta esos momentos desconocidos, algunos de los cuales tuvieron vida efímera, mientras otros acabaron convertidos en algo tradicional en los sucesivos programas de las fiestas de San Juan del Monte, editados a partir de 1920.

El núcleo de estos actos se perfila ya con claridad en el programa pionero de 1920. Contaba con novillada, conciertos de las bandas de música, partidos de pelota, bailes y fuegos artificiales (éstos tuvieron lugar en principio en las diversas plazas de la ciudad y desde 1924 en el río Ebro). Sucesivamente se fueron añadiendo otros actos: veladas teatrales (inauguradas con la obra "San Juan del Monte" cuyo autor firmó con el seudónimo de Juan Fernández en 1906), concursos de carros engalanados y la solemne misa de víspera de la fiesta en la parroquia de Santa María, todos ellos a partir de 1921; un año después se estrenó el himno oficial de San Juan del Monte, obra de don Tomás Nozal y don Basilio Miranda. Desde 1923 aparecieron diversas competiciones deportivas, ese mismo año carrera ciclista y al siguiente partidos de fútbol y carreras pedestres; empezaron a llegar desde 1924 compañías de espectáculos, la primera las "Varietes de San Sebastián del Teatro Victoria Eugenia", y en 1925 salieron a las calles los gigantes y cabezudos. Desde 1926 se iluminaron algunas zonas de la ciudad, estrenándose por primera vez la Zarzuela de San Juan del Monte (T. Nozal y B. Miranda) el viernes tres de junio de 1927 en el teatro salón Apolo.

Llama la atención que en el programa de fiestas de 1928 aparezcan por primera vez una batalla de flores y concurso de carrozas, a celebrar en la



Carrozas de los años siguientes a la guerra civil.

avenida de don Tiburcio Arbaizar el domingo por la tarde después de la novillada. Acto que, tras un paréntesis de cuatro años, reaparecerá en 1933 con el nombre exclusivo de batalla de flores. Las sociedades recreativas privadas comenzaron a partir de 1929 a organizar sus propios bailes en las fiestas de San Juan, coincidiendo con la aparición de los apreciados jotos. Con ocasión del fallecimiento de la primera madrina de la Cofradía, doña Dolores Ángel, comenzó a celebrarse una misa por los cofrades difuntos. En 1933 apareció por primera vez de forma oficial en el programa de festejos la elección de "Miss San Juan del Monte". Es a partir de los años veinte cuando poco a poco se va imponiendo entre los romeros el uso del pañuelo y de la blusa, para algunos costumbre introducida en 1927 por estudiantes de Bilbao, aunque este hecho parece estar más relacionado con la habitual vestimenta de los campesinos de nuestra comarca, que en 1892 se componía según don Teodoro Sáez de "boina, blusa, bombachos y alpargatas".

La proliferación de actos condujo a unos crecientes gastos en la Cofradía, encargada de la organización de la fiesta. Al principio se sufragaron con la aportación de los cofrades y con donaciones particulares. Curiosamente, desde 1927 comienza a parecer en los programas publicidad de las casas y establecimientos comerciales de la ciudad, que contribuyen de esta forma al mantenimiento de los festejos. Desde 1930, ante el carisma popular que va tomando la fiesta de San Juan del Monte, el Ayuntamiento comenzó a cooperar económicamente.

Este período se cierra, como tantas otras facetas del País, con el estallido de la Guerra Civil. Por ello entre 1937 y 1939 no hay romería oficial y la Cofradía cesó en sus actividades. Sin embargo podemos apuntar como hecho curioso que acabada la contienda y con ocasión de las fiestas patronales de septiembre de 1939 se bendijo el nuevo retablo colocado en la ermita de San Juan del Monte y se hizo la típica "jira" en La Laguna amenizada por la banda de música y dulzaineros.

8.- 1940-1964. La Consolidación de una fiesta popular.

Terminada la Guerra se hizo cargo de la Cofradía, reorganizándola, el que fuera alcalde de Miranda en los primeros momentos del conflicto bélico don Jesús Zarate Peña, quien puso de nuevo en marcha la romería. Durante este período la presidencia cambia de persona prácticamente cada año. En los años cuarenta uno de los objetivos de la Cofradía es seguir mejorando los accesos y la infraestructura de La Laguna y la ermita: terminan de construir el templete, realizan obras de saneamiento colocando rejillas y desagües y arreglan la gruta del "Santo" tanto en el interior como en la explanada, incorporando además algunas imágenes a su altar. Hay que recordar en este aspecto que el camino



Ganado enjaezado y carro engalanado

RAMÓN OJEDA SAN MIGUEL _ JOSE JAVIER VELEZ CHAURRI

de acceso a La Laguna desde la carretera de Fuentecaliente fue ensanchado y adecentado con el esfuerzo obligatorio de numerosos presos del famoso campo de concentración de Miranda de Ebro, con lo que aún se hizo más cómoda la subida.

El lunes de San Juan del Monte, la romería mantuvo la misma sucesión de actos en los años anteriores a la Guerra. Desde la plaza de Cervantes (en los primeros años de este período) los romeros subían a la ermita, donde se celebraba la tradicional misa, la ofrenda de la vela al “Santo” y el rosario, trasladándose luego a comer a La Laguna, donde tenían lugar los diferentes bailes, para después bajar a media tarde, organizándose como siempre el desfile en las inmediaciones del casco urbano. En estos años el número de asistentes presentes en La Laguna el día de la romería, pues no todo el mundo sube a la ermita, sigue siendo numeroso. De todas formas es conveniente recordar que nos encontramos en los años más severos del régimen del General Franco, de ahí que la fiesta se siga manteniendo, pero “controladamente”, y que por otra parte las autoridades eclesiásticas, que viven un período de fuerte control moral, no vean con demasiados buenos ojos este tipo de manifestaciones a las que consideran más profanas y frívolas que religiosas (es sintomático que algunos centros escolares impartían clases el día de la romería).

La programación de actos apenas cambia, así el programa de 1941, es prácticamente un calco exacto al de los años anteriores a la Guerra Civil. Sin embargo cada nueva directiva intentará introducir algunas pequeñas innovaciones que sirven para enriquecer el contenido de la fiesta. Se seguirá manteniendo la costumbre de elegir a una señorita para presidir los festejos, aunque curiosamente y de acuerdo con el momento, el antiguo título de “Miss San Juan del Monte” se transforma en el de “Reina de San Juan del Monte”. También aumenta el número y diversidad de espectáculos deportivos, teatrales y de variedades. Merece una mención especial el primer concurso de “cuadrillas de blusas” celebrado en el año 1945, convirtiéndose desde entonces en uno de los actos centrales. Este desfile de cuadrillas, carros y carrozas tiene su origen en los antiguos concursos de carros engalanados y en las posteriores batallas de flores. La existencia de un concurso creó una cierta rivalidad entre las cuadrillas, de tal forma que año tras año éstas fueron cuidando más la vistosidad de sus atuendos y su organización, procurando tener su propia música.

No podemos dejar de señalar lo acontecido en el año 1963 cuando, al coincidir la muerte del Papa Juan XXIII con el día de la romería, los sanjuaneros realizaron la bajada en un respetuoso silencio.

9.- 1965-1976. La explosión de la fiesta y el auge de las cuadrillas.

La romería de San Juan del Monte, totalmente recuperada para esta época, va a cobrar un renovado auge manifestado fundamentalmente en el cada vez mayor número de cuadrillas y de asistentes a la fiesta. A este período de doce años le da coherencia la presencia como presidente de la Cofradía de una misma persona, don Jaime Ruiz Bilbao. El día de la romería durante estos años mantendrá su carácter tradicional con actos como la misa, la comida campestre y el desfile de la bajada. Si algo define este momento es sin lugar a dudas el espectacular auge que van a conocer las cuadrillas, pues no sólo aumenta el número de componentes de las mismas, a las que se incorporan mujeres y niños, sino también la cantidad de ellas que de tan sólo seis en el año 1965, pasarán a veintisiete en 1976. Tal importancia alcanzan que han pasado a constituir el fundamento en torno al que se articula la romería, siendo éste sin duda el cambio más sustancial y que de alguna forma distingue estos años de los anteriores (lo que no es obstáculo para que el sentimiento sanjuanero se manifieste con igual fuerza en los que no se encuadran en ellas). El éxito de las fiestas llegó a ser tal que, tras la mediación de la Cofradía, se consiguió que fueran declaradas de interés turístico en el año 1975. Por otra parte, el auge de las cuadrillas llegó a ser tan espectacular que se convirtieron en el anhelo de algunas de las grandes ciudades cercanas; de esta forma tras la mediación de los organizadores de las fiestas de San Pedro de Burgos y del presidente de la Cofradía de San Juan del Monte, las cuadrillas de blusas mirandesas acudieron en gran número y por primera vez a la fiesta del Apóstol, sembrando entre los burgaleses la semilla de este tipo de organizaciones (la primera vez en el año 1974).

Todo este auge se tradujo en que a San Juan del Monte subían habitualmente más de veinticinco mil personas. Por ello se pensó en volver a mejorar la infraestructura de los accesos y parajes de la ermita y La Laguna. Se ensanchó y se asfaltó por primera vez el camino de la carretera de Fuentecaliente lo que facilitó la subida hasta el lugar durante todo el año y comenzó el conocido, y a veces controvertido, proceso de construcción y proliferación de cobertizos para albergar a todas estas cuadrillas, las cuales llegaron a superar el primitivo perímetro de La Laguna.

Asistimos por otro lado, a una proliferación inusitada de actos, desarrollados durante varios días. Los ya clásicos en programas anteriores cobran ahora mayor realce, celebrándose la misa de difuntos y la dominical con ofrenda a la Virgen de Altamira, las novilladas, que a veces se convirtieron en corridas, los diversos campeonatos deportivos, algunos adquirieron carácter nacional e internacional, y el desfile de blusas que pasó a ser ahora el espectáculo más atractivo del programa. Además la programación se enriquece



La laguna con el Templete - Miembros de la Cofradía y damas de las fiestas y Cuadro Artístico Mirandés (1944)

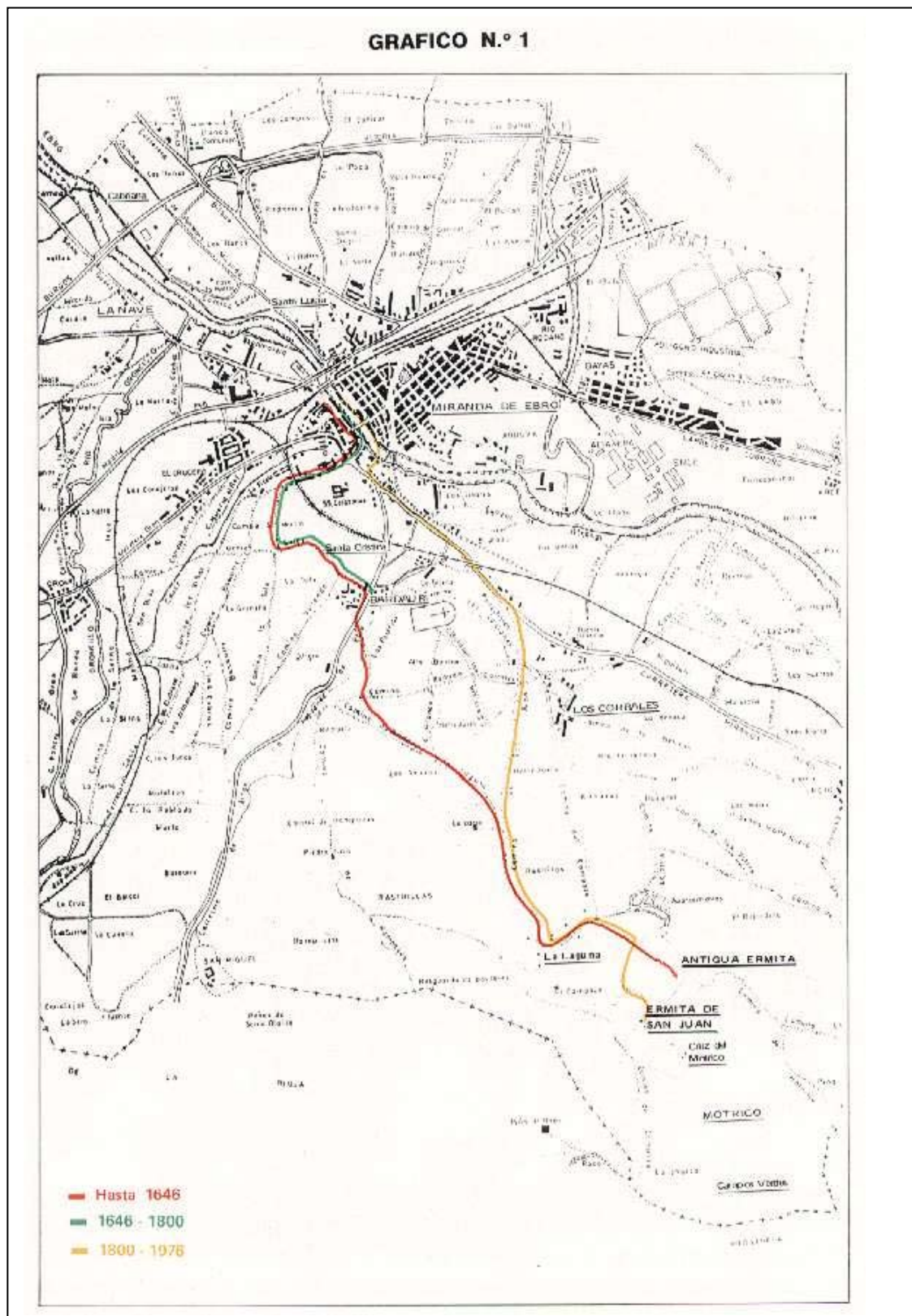
con nuevos actos, algunos de ellos con precedentes en los primeros años del siglo pero olvidados. Entre ellos hay que destacar la generalización del pregón en la apertura de las fiestas (a partir de 1965), la atención a los niños con funciones de marionetas, la consolidación de las jotas a través de un festival y la creación de la Canción del Blusa con ochotes de las cuadrillas (1969).

Aunque desde los años veinte algunos mirandeses habían adquirido la costumbre de subir hasta los parajes de San Juan al día siguiente de la romería, celebrando el llamado día de "San Juanín", no es hasta 1976 cuando se da uno de los primeros intentos de incluirlo oficialmente, si bien mediante una cartilla añadida al programa. Por supuesto, y aunque no hemos seguido haciendo hincapié en ello, algunos de los pueblos que rodean a Miranda y que desde siempre habían subido a la ermita, lo siguen haciendo durante estos años; por ejemplo, los vecinos de Ircio siguen celebrando a San Juan del Monte el martes antes de La Ascensión.

Este período se cierre en 1976, último año en que la presidencia es ocupada por don Jaime Ruiz Bilbao. Le han seguido en la dirección de la Cofradía don Jesús Ruiz Valderrama, don Esteban García González, don Benito Pobes Lacalle y en la actualidad don Luis Javier Tricio Gómez. De estos últimos años se pueden destacar como alguno de los hechos más sobresalientes, el nuevo ensanche de la ermita y la colocación de la imagen de "Juan el Ermitaño" de Alejandro Almarcha (septiembre de 1982). Pero, tal como indicamos al comienzo de estas páginas, conscientes de que la fiesta progresa día a día en el número de asistentes y en la variedad de los actos, no vamos a describir estos últimos tiempos, época demasiado reciente y por ello todavía al margen de un análisis de características históricas como el que hemos querido realizar a lo largo de este trabajo. Aspecto éste que se deberá analizar pasados algunos años, en el momento en que los hechos sedimenten y sean susceptibles de un estudio sereno y no mediatizado por la cotidianidad de los mismos con los que firmamos estas hojas.

II. TRAYECTORIA DE LA ROMERÍA

Al realizar el análisis de las diversas etapas de la romería de San Juan del Monte, ya hemos hecho alusión a que la trayectoria y recorrido de los romeros el día de la fiesta, fue variando según los momentos. No obstante creemos necesario puntualizar algo más los lugares por donde pasaba, con el objeto de dar claridad al tema (todo lo cual hemos creído oportuno acompañarlo de un ilustrativo gráfico).



1.- Recorrido hasta 1646.

La romería comenzaba en la iglesia de San Juan Bautista, seguía por las calles de San Juan y San Llorente, saliendo de la villa por la llamada “Puerta del Valle”. Continuaba luego por la “Cuesta de los Judíos” y, por el camino de Callejonda y el término de Herrerueta, se encaminaba hasta La Laguna, para desde allí acercarse a la ermita, todo ello en una mañana.

Después de celebrados los habituales actos religiosos los romeros volvían a Bardauri, donde comían. Ya por la tarde se organizaba el regreso siguiendo la misma ruta, pero haciendo un alto en la ermita de Santa Cristina, para después finalizar el día en la iglesia de San Juan.

2.- Recorrido entre 1646 y 1800.

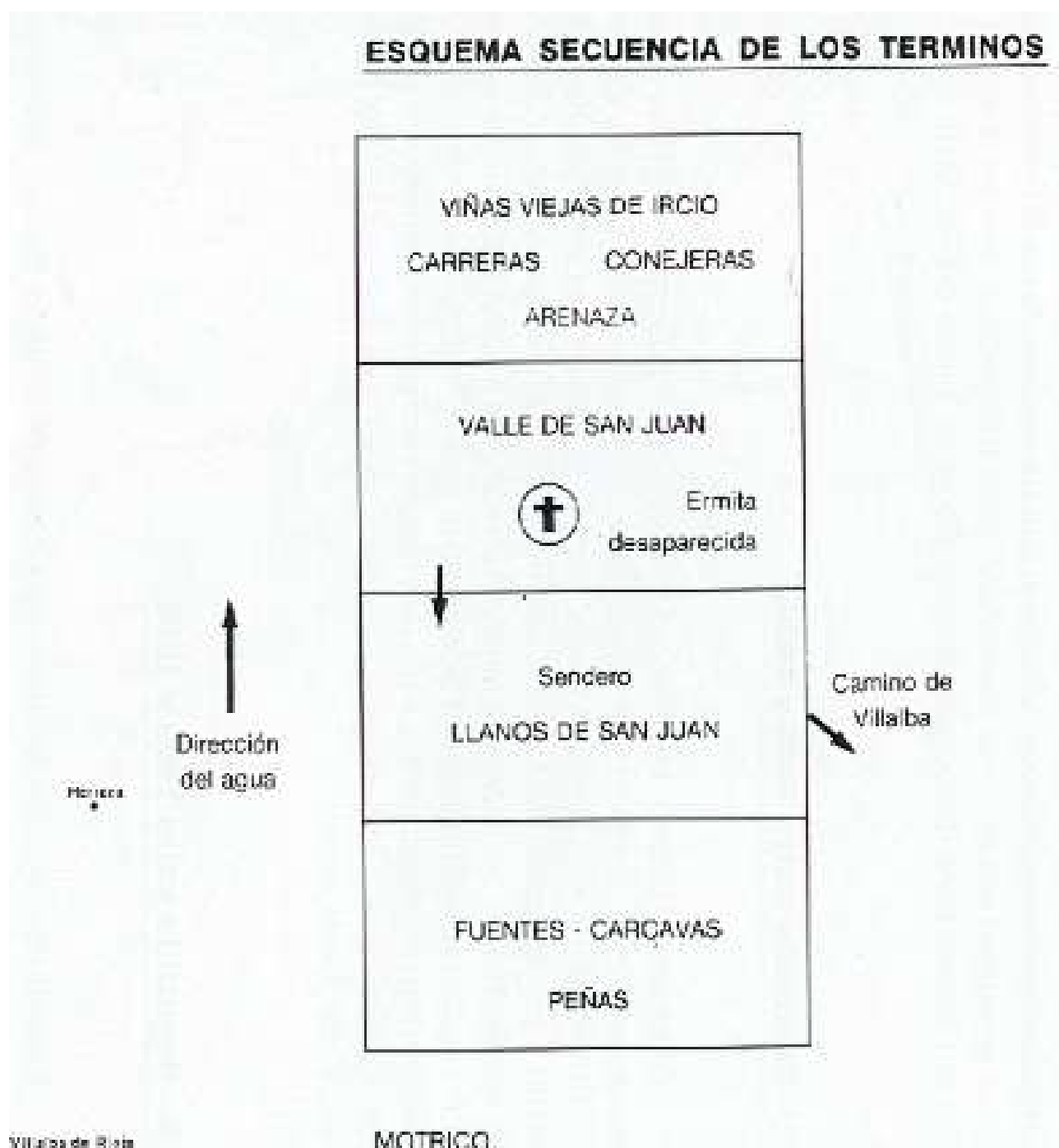
Después del escrito del obispo don Juan Piñero y Osorio de 1646, la romería se vio recortada. Siguiendo el mismo camino que en la época anterior, los romeros oficialmente sólo llegaban ahora hasta la parroquia de Santa Marina en Bardauri, y sin ni siquiera detenerse a comer, regresaban en la misma mañana hasta la iglesia de San Juan. No obstante, y además del sacerdote y cuatro personas que seguían subiendo a officiar la misa en la ermita, todo parece indicar, como lo demuestran los documentos a los que hemos hecho alusión anteriormente, que un número significativo de mirandeses acudían a San Juan del Monte, aunque, eso sí, de forma oculta.

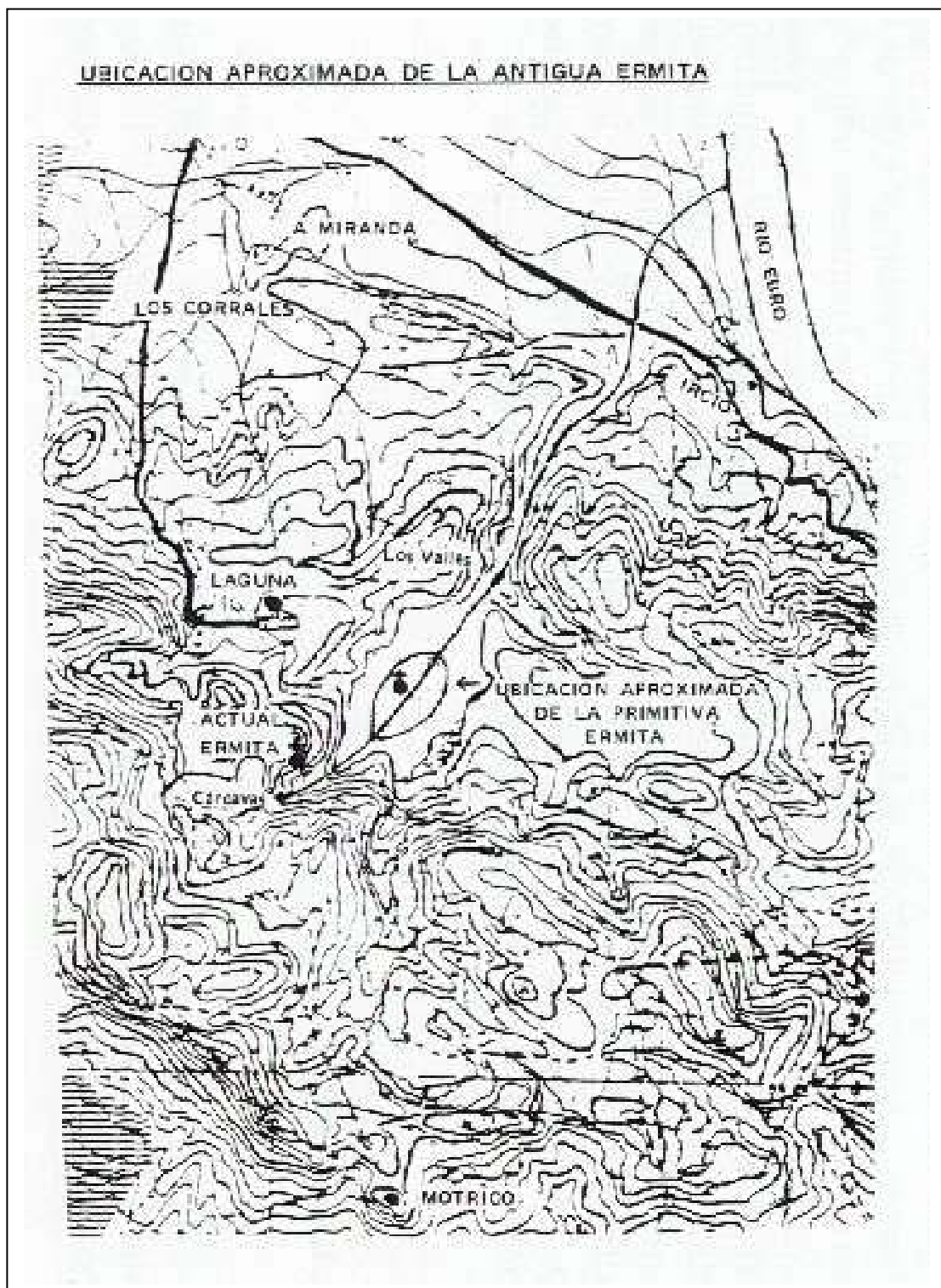
3.- Recorrido entre 1800 y 1976

Saliendo de las inmediaciones de la calle y de la iglesia de San Juan (a partir de comienzos del siglo XX desde la Plaza de Cervantes y posteriormente desde la Plaza de España), los romeros se dirigían por la carretera de Fuentecaliente (antiguo camino real a Haro), posiblemente hasta el actual camino de San Juan, de allí a La Laguna y a la nueva ermita instalada ahora en una gruta. Después regresaban hasta el “Corral de Catorce”, donde se celebraba hasta 1916/18 el núcleo central del festejo. Posteriormente, y una vez fundada la Cofradía, los romeros durante muchos años y tras concentrarse en la Plaza de Cervantes y cruzar el Ebro, seguían el mismo camino, con la salvedad de que los actos festivos de carácter profano ahora se concentraban en el remodelado paraje de La Laguna.

III. LAS ERMITAS DE SAN JUAN.

Como ya es de sobre conocido y hemos comentado con anterioridad, hasta finales del siglo XVIII la ermita de San Juan del Monte se encontraba en un lugar diferente al actual. En esencia se trataba de un pequeño templo que nada tenía que ver con el sitio donde ahora se venera al "Santo", una gruta rupestre acondicionada como ermita.





En base a los libros de mojones, a los compromisos entre la villa de Miranda con la de Sajazarra por problemas de jurisdicción y a los fondos del Monasterio de Herrera, vamos a acercarnos a los términos en cuyos alrededores se ubicaba la vieja y desaparecida ermita de San Juan del Monte. Los principales términos y a cuesta de Métrico, camino de Villalba a Miranda, Cuevas Largas, el valle de San Juan, la fuente de San Juan, Las Cárcavas, camino de los Llanos de San Juan a Campos Verdes, los Llanos de San Juan y Otero, Viñas Viejas de Ircio, Carreras, Conejeras, Arenaza, Sendero de San Juan a la Fuente y la “hermita e iglesia de San Juan del Monte”.

Siguiendo la ubicación de los mojones y el sentido y orientación geográfica que ofrece la documentación, vamos a plantear una posible ubicación a modo de hipótesis, que sin pretender colocar con exactitud y sin errores el lugar exacto en donde se encontraba la ermita, pretende abrir brecha en este tema tan interesante de nuestras tradiciones, del cual aún queda mucho por resolver.

Todo parece indicar que la ermita estaba situada aguas abajo de las Cárcavas y por tanto también en ese lado del cerro de Motrico; bajo las Cárcavas, y siguiendo la documentación se encontraba los llamados Llanos de San Juan (una segura zona de pasto en el siglo XVI), atravesados por el camino que se dirigía a Campos Verdes y un sendero que, partiendo de la ermita, llegaba hasta una fuente llamada de “San Juan”. Bajo los Llanos comenzaba el “Valle de San Juan”, zona de monte bayo y pasto por la que cruzaba el camino de Villalba; en un extremo de este se encontraba la ermita de San Juan del Monte, rodeada de unas pequeñas roturas, huerto y viñas, medios de subsistencia aprovechados por los diversos ermitaños. A no mucha distancia y en dirección hacia el Ebro aparecían las Viñas Viejas de Ircio, y en las cercanías los campos, cultivados permanentemente desde la Edad Media de Carreras, Conejeras y Arenza.

Escasos son los datos de la configuración de esta ermita, si bien, gracias a las investigaciones de Calos Diez Javíz, conocemos que en 1589 se efectuaban en ellas algunas reparaciones y añadidos por el artesano y carpintero mirandés Pedro de Amezua. En concreto hizo un lado del tejado, cerró la pared del altar, colocó una reja y como señala el documento se encargó de “hacer y cubrir un altar en la hermita de Señó San Juan del Monte” a la entrada de “dicha yglesia”. Ya en 1789 el edificio presentaba un estado ruinoso y, tras los dictámenes del Arzobispo de Burgos don Juan Antonio de los Tucros, a partir de 1794 va a ser desmantelada.



San Juan Evangelista, retablo barroco con la nueva imagen y San Juan Bautista

Este templo albergó desde siempre a un ermitaño que cuidaba de un huerto aledaño y se mantenía de las limosnas de las gentes; los libros de difuntos de la parroquia de Santa María de Altamira recogen en numerosas ocasiones y hasta finales del siglo XVIII, las defunciones de personas a las que se coloca el calificativo de “ermitaño de San Juan del Monte”. Incluso el Ayuntamiento llegó a pagar el hábito de alguno de estos ermitaños en más de una ocasión.

Posteriormente, en las primeras décadas del siglo XIX, los mirandeses y vecinos de los alrededores utilizaron como nueva ermita las concavidades de una gruta en la ladera de la montaña. Después de la creación de la Cofradía, se fue ampliando en superficie el terreno aledaño a la gruta mediante un muro de contención, para albergar a más fieles. A la vez se enriqueció su interior con retablos, imágenes y ornamentos traídos de otros lugares, entre los que destacan una virgen gótica del siglo XIII, un San Juan Bautista barroco de hacia 1650, un San Juan Evangelista de la misma época y un retablo barroco procedente del desaparecido monasterio de Santa María de Obarenes.

Ya fuese el origen de la devoción a San Juan del Monte, la existencia de un primer ermitaño contemporáneo de San Formerio y San Felices, o por otro lado la celebración el día de San Juan “ante portan latinam”, lo que creemos es lo de menos, lo cierto es que, posiblemente ya desde los primeros años de este milenio, en la conciencia popular de nuestros antepasados surgió el nombre de SAN JUAN DEL MONTE, como su principal protector y como:

“NUESTRO SANTO VERDADERO”

BIBLIOGRAFÍA

CADIÑANOS BARDECI, I: La sentencia del Chantre, Estudios Mirandeses, 1985, nº 4.

CASA, S. de la: Vida Mirandesa, 1934.

DIEZ JAVIZ, C.: Breve notas arquitectónicas sobre la ermita de San Juan del Monte. López de Gámiz, 1986, nº XII.

ECHEGUREN ZABALA, T.: Efemérides sobre aquel antiguo Miranda y San Juan del Monte. El Correo, Mayo de 1966.

- Apuntes sanjuaneros. Programa de fiestas de San Juan del Monte de 1984.

GOMEZ Y GOMEZ, I.: Páginas mirandesas. Programa de fiestas de San Juan del Monte de 1927.

OJEDA SAN MIGUEL, R.: Datos históricos sobre la veneración a San Juan del Monte. Programa de San Juan del Monte de 1.981.

- Fiestas y celebraciones religiosas en Miranda de Ebro durante los siglos XVII y XVIII. Estudios Mirandeses, 1981, nº 1.
- Nuevas aportaciones sobre la historia de la vieja romería de San Juan del Monte. Programa de fiestas de San Juan del Monte de 1984.
- Las cuadrillas en la organización de la vida mirandesa. López de Gámiz, 1986, n.º X-XI.
- La villa de Orón y la romería de San Juan del Monte. López de Gámiz, 1986, nº XII.

OJEDA SAN MIGUEL, R. Y VELEZ CHAURRI, J.J.: Tres nuevas aportaciones sobre San Juan del Monte. López de Gámiz, 1988, n.º XVII.

VELEZ CHAURRI, J.J. Y DIEZ JAVIZ, C.: La escultura en la gruta de San Juan. López de Gámiz. Especial San Juan del Monte, 1985.

ZARATE PEÑA, J.: Mis recuerdos sanjuaneros. López de Gámiz. Especial San Juan del Monte, 1985.

ÍNDICE

	<u>Pág.</u>
<u>I.- UNA TRADICIÓN A TRAVÉS DE LOS SIGLOS. ETAPAS DE LA ROMERÍA..</u>	4
<u>1.- Siglos XIV y XV. Las primeras referencias documentales</u>	5
<u>2.- 1500 – 1646. La romería como expresión de las emociones populares.....</u>	7
<u>3.- 1647 – 1794. La decadencia de la romería</u>	10
<u>4.- 1795 – 1850. Los tiempos oscuros</u>	15
<u>5.- 1851 – 1893. El resurgir de una tradición</u>	15
<u>6.- 1894 - 1916/18. La romería en peligro de desaparición.....</u>	18
<u>7.- 1916/18 – 1939. El nacimiento de la Cofradía y el impulso de la fiesta</u>	18
<u>8.- 1940 – 1964. La consolidación de una fiesta popular</u>	24
<u>9.- 1965 – 1976. La explosión de la fiesta y el auge de las cuadrillas</u>	27
<u>II.- TRAYECTORIA DE LA ROMERÍA</u>	29
<u>1.- Recorrido hasta 1646.....</u>	31
<u>2.- Recorrido entre 1646 y 1800</u>	31
<u>3.- Recorrido entre 1800 y 1976</u>	31
<u>III.- LAS ERMITAS DE SAN JUAN</u>	32
<u>Bibliografía</u>	37